

se, à lo menos inmediatamente al pecado, pudiera creerse que conoceriais la importancia del uno, y del otro, y que Dios estaria tan pronto à concederos su gracia, como lo estariais vosotros à pedirsela; pero que se puede esperar de una penitencia, que vosotros prolongais, y que diferis para los ultimos dias de vuestra vida.

La Iglesia siempre ha hecho tan poco aprecio de estas conversiones diferidas para la hora de la muerte, que en los primeros siglos eran despreciadas, ó como falsas, ò como enteramente sospechosas. San Cypriano declara indignos de la paz, y de la comunión de los Fieles à los que solo la piden en el estremo de una enfermedad. ¿Han dado acaso, dice él, señales visibles de su penitencia? ¿Han expiado sus pecados por un resentimiento verdadero? ¿Quien sabe, si es la muerte quien los aterra, ó si es la gracia quien los atrae? ¿Si es una compasión natural, que tienen de sí mismos, ó una compunción solida, y un dolor sincero de sus faltas? Como quiera que sea se puede juzgar, que es el temor del peligro quien los espanta, y no la caridad de Jesu-Christo quien los estimula; y no merecen las consolaciones que se dan à los moribundos, puesto que han vivido como si jamás debiesen morir: *Nec dignus est in morte accipere solatium, qui se non cogitavit esse moriturum* (a) La Iglesia ha usado despues de una conducta mas indulgente, pero no ha perdido esta inquietud que tenia en los primeros tiempos, ella no reusa la reconciliación à los pecadores moribundos; pero teme no sea vana: no les quita la esperanza del perdón, pero no se atreveria à darles seguridad alguna de salvación, hace lo que puede, pero deja à la misericordia de Dios disponer de ella como le agrade, estos son los terminos de San Agustín.

¿Pero à qué viene, direis vosotros, tanta desconfianza? ¿Se ha estrechado por ventura el brazo del Señor? Que yo viva, que muera, su gracia es mas, ó menos fuerte segun los tiempos.

(a) Cyprianus.

tiempos, y por qué derecho me excludis de la promesa general que ha hecho à los hombres de recibirlos siempre que se bolvieren à él? No permita Dios, que yo ponga limites à la misericordia de Dios, ò que me constituya censor, y juez de las conversiones de mis hermanos. La verdad obliga à adorar la bondad infinita del uno, y la caridad me obliga à tener buena opinion de la salvación de los otros. Pero ofenderia yo à esta bondad, si la sujetase al tiempo, y à la voluntad del pecador, y engañaria al pecador si le prometiese esta bondad, sin que se dispusiese para merecerla. Digo, pues, fundado en los principios de la Religion, y de la Escritura, que nada hay tan difícil, nada tan incierto, como estas penitencias diferidas para los ultimos dias.

Tres cosas son necesarias para una verdadera penitencia: las obras, el motivo, y la resolución; las obras, que la componen, el motivo que la santifica, la resolución que la afirma; en una palabra, que sea efectiva, que sea sincera, y que sea constante, condiciones, que de ordinario, no convienen à estas penitencias diferidas. Primeramente debe ser efectiva, porque la voz sola del penitente no basta para borrar los delitos; y la satisfacción que debe por sus pecados, no consiste en palabras, sino en obras. El Evangelio no dice, recibid la penitencia, sino haced penitencia, para denotar, que es necesario el corazón, y la acción: Y el mismo Jesu-Christo nos enseña, que para entrar en el Reyno de los Cielos no basta decir: Señor, Señor; sino que es necesario hacer la voluntad de su Padre, para enseñarnos, que no se contenta con una voluntad vana, é infructuosa; sino que son indispensables servicios efectivos, y satisfacciones reales, y verdaderas. ¿Pero qué frutos de penitencia hace un hombre que ha vivido sin reflexión, al gusto de sus pasiones, y de sus deseos? ¿Qué frutos de penitencia puede hacer, quando brumado de sus males, mas que tocado del de sus pecados, no tiene ya mas fuerza ni de espíritu, ni de cuerpo, sino la que es necesaria para reconocer la justicia de Dios, y no para satisfacerle? Quando se ven algu-

nos pecadores públicos dar á la hora de la muerte algunas señales exteriores de arrepentimiento, pedir ellos mismos el Sacerdote, besar la Cruz de Jesu-Christo, decir algunas palabras tiernas, y recibir los Sacramentos, cada uno admira, ó hace la historia de estas bellas muertes, y dice; él havia vivido como un impío, pero gracias á Dios, ha muerto como un Santo, él ha llorado, él ha suspirado, todos los asistentes estaban enternecidos, el mismo Confesor que le exhortaba ha deseado morir de este modo. Estos espectáculos chocan al mundo, se tiene compasion de un hombre que muere, juzgase favorablemente de su penitencia, no por aquella caridad, que segun San Pablo lo cree todo, y lo espera todo; sino por una compasion interesada, que hace prometerse para otro una indulgencia, de que se tiene necesidad para sí mismo. No digo que sea necesario desesperar, ò juzgar mal de qualquiera que sea. Yo bien sé, quanta es la eficacia de la Sangre de Jesu-Christo quando Dios exerce, quando Dios quiere usar de sus grandes misericordias con el pecador, que hay gracias vivas, y penetrantes que consumen en poco tiempo toda la impureza que el comercio del mundo ha derramado en los corazones, y que hay momentos de caridad, que valen por años de penitencia; pero digo, que segun todas las reglas de la Fè, esas conversiones, quando no han sido, ni sostenidas, ni precedidas por las obras, son ó falsas, ó milagrosas, y que es arriesgado arreglarse sobre exemplos, que engañan, ó esperar milagros que Dios hace con pocas personas.

Es una maxima constante en la moral, que no se llega à ser ni bueno, ni malo de repente, que hay grado para arribar á cada uno de estos estados. El corazon no muda tan repentinamente ni de objeto, ni de fin; y en la revolucion de las pasiones humanas, es necesario que la una se debilite, y que la otra se introduzca, y tome su lugar. Dios en las operaciones de su gracia, ordinariamente sigue el mismo orden, asusta al corazon por el temor de sus juicios antes de tocarle de su amor; forma en él buenos deseos, y principios de caridad, que le hacen obrar con fer-

vor, y con cuidado, desata insensiblemente todos los lazos, que enredaban à las criaturas á fin de hacerse dueño de ellas por un amor dominante, que las buelve ácia sí, como à su ultimo fin. Ve aqui como se forma el hombre justificado por la via ordinaria; con este fin havia establecido en otro tiempo la Iglesia estos grados, y estos estados diferentes de la penitencia, obligando á los pecadores à gemir, á oír, y á quedar postrados por muchos años, para darles tiempo de desarraigar sus pecados por la practica de las virtudes contrarias, y afirmarse en el camino real. Pero un pecador moribundo no podria pasar por estos grados, ni por estas sucesivas disposiciones. Los frutos de su penitencia no pueden por un auxilio ordinario llegar á punto de madurez; quiero decir, que es de temer, que en aquel estado sus sentimientos, y sus deseos no sean sino principios ò de temor, ò de amor, que no basten para una perfecta conversion. Seria les preciso una gracia extraordinaria, que partiese su corazon de un solo golpe, y que juntando todos sus efectos sucesivos en uno solo, los convirtiese sin intervalo, los purificase sin disposicion, y los coronase sin trabajo. Pero ¿por qué titulo se atreven à pretender tantos favores? ¿Es acaso porque tantas veces han contravenido á la Ley de Dios, por lo que creen que estará por ellos? ¿Es porque tanto tiempo han abusado de su misericordia por lo que se la reservará toda entera para la primera peticion que le hicieren? Yo os he llamado, dice en la Escritura, y no me haveis querido oír. Yo he estendido mi mano, y no se ha hallado quien me haya mirado. Vosotros haveis despreciado mis consejos, y haveis hecho poco caso de mis reprehensiones; pero yo me reiré de vosotros en vuestra muerte: *Et ego in interitu vestro ridebo* (a)

Para una conversion verdadera, es necesario que el motivo sea puro, y la intencion sincera; esto es, el odio á su pecado, y amor á Dios, á quien el pecado ha ofendido.

dice San Agustin; el temor solo no produce estos dos efectos, sino imperfectamente. Abstienen de hacer el mal, pero es por el mal que debe suceder. No se quiere desagradar á Dios, pero es por el temor de ser castigado; la codicia se contiene por defuera, pero aun se conserva en el interior. Semejantes conversiones de temor, y de amor proprio son respetos que aficionan al pecador, pero que no le salvan, porque Dios quiere ser adorado en espiritu, y en verdad, y no se contenta con un culto exterior, ni un motivo natural en los actos de Religion, que le dirigimos. Juzguemos, pues, segun esta verdad, del estado de los hombres moribundos, cerca de aquel fatal punto, en que se juntan lo pasado, y lo venidero para no hacer mas que una eternidad, en donde se ve afligido de la vida que acaba, y en donde teme la que comienza, en donde la muerte aniquila los placeres, y va á redoblar las miserias, viendose pronto á entrar en el sepulcro, y tocando ya á las puertas del infierno, adonde su desareglada vida los conduce; ellos oran, se confiesan, se afligen, pero acaso es porque temen. Es muy probable, que el peligro en que se hallan los despierte del letargo en que estaban; tienen un poco de fe en el espiritu, pero quizá no tienen caridad en el corazon. Lo pasado les desagrada, pero les es mas terrible lo por venir; tiemblan como esclavos fugitivos, á quienes su dueño ha encontrado, y á quienes ha asaltado, quando se creian mas lejos; no como hijos respetuosos, que estan sentidos de haber desagradado á su Padre.

¿Por qué juzgais de este modo? direis vosotros; y porque he de juzgar yo de otro modo? ¿No se ven todos los dias en urgentes enfermedades los funestos efectos de este temor? Turbanse al acordarse de la muerte, quando se está cerca de ella, asustanse á vista de un Confesor, como si no viniese, sino para pronunciarles la ultima sentencia; diferense los ultimos Sacramentos, como si estos fuesen unos mysterios de mal agüero; desprecianse los votos, y las oraciones que la Iglesia ha instituido para los moribundos, como si estos fuesen unos votos matadores, y unas oraciones homicidas. La

Cruz

Cruz de Jesu-Christo, que debiera ser para ellos un objeto de confianza, llega á serles un objeto de terror; y la unica disposicion para la muerte, solo es el temor, y la pena del morir. ¿Qué condescendencias, y qué contemplaciones no se tiene para con ellos? Lejos de hacerles ver su perdida infalible, apenas se les advierte su peligro, y mueren, ó ya han muerto antes que se haya concertado sobre el medio, que es necesario tomar para advertirles que deben morir. Asustada toda una familia, no sabe ya á qué atenerse, cada uno oculta su tristeza por no contristarlos, pesáanse todas las palabras, que se les dice, y aun se modera el silencio que se guarda; y asi por un terrible juicio de Dios, se les guarda un secreto, que les hace insensibles á su salvacion, no se les mueve á reconocerse, y por una cruel compasión se les pierde muchas veces por no asustarlos; pero aun quando estos hombres cumpliesen con las ultimas obligaciones de la Religion, aun quando restituyesen su hacienda mal adquirida, aun quando se reconcillasen con sus enemigos, aun quando renunciasen todos los afectos que havian tenido al pecado: ¡ay de mí! Su salvacion todavia es bien peligrosa. No tuvo jamás este pecador aquellos buenos sentimientos durante su salud, sacadle del peligro en que se halla, que él bolverá á entrar en sus cadenas con la misma aficion, él avivará sus pasiones, renovará sus artificios, y vivirá como antes, sin temor, sin respeto, y sin Religion; aun quando no deje el pecado hasta que no pueda cometerle mas, quando se ha cometido quanto se ha podido, hay motivo de pensar que permanece la voluntad, aun quando falte el poder, y que las protestas exteriores solo son efectos de una impresion pasagera, que el terror de la muerte havia causado. ¡Pero ay! Ved aqui, no obstante, sobre lo que fundais las esperanzas de vuestra salvacion; juzgad si esta conducta es racional.

En fin, además de las obras, y el motivo, es necesaria la resolucion, y la fuerza en la práctica de la penitencia, especialmente quando se trata de vencer el habito del pecado, lo que, segun San Geronimo, es la mas dificil de

to-

todas las victorias. Esta dificultad proviene, lo primero, del poder que el demonio, aquel fuerte armado de quien se habla en el Evangelio, que guarda con el mayor cuidado lo que tiene bajo de su imperio, se ha establecido en una alma. Lo segundo, de un retiro de Dios, que causa una larga serie de pecados, origen de una infinidad de miserias. Lo tercero, de la alteracion, y de la corrupcion de poderes que el pecado causa, no en su sustancia, sino en sus efectos, y en sus operaciones, obscureciendo el espiritu, debilitando la voluntad, desordenando los sentidos, disminuyendo la libertad, y haciendo la conversion mas dificil. Pues siendo las dificultades tan grandes, ¿creeis vosotros que sea posible vencer en tan pocos dias unos habitos contrahidos por todo el curso de la vida, deshacer tantos nudos, tantos pliegues, y dobleces como os estrechan? ¿Os imaginais vosotros, que con algunos propositos de vivir bien, que haceis á los ultimos de una enfermedad, que por algunas oraciones interrumpidas, por algunas Misas mandadas decir, por algunos Legados piadosos insertados por honor en un Testamento, sereis capaces de justificaros delante de Dios de tantos pecados, como havreis cometido por tanto tiempo?

¿Luego qué es necesario hacer? Arrepentirse de sus pecados, entrar en los caminos de la penitencia desde oy, desde este momento: *Ego dixi, nunc ceppi*. Aun teneis bastante tiempo, lo que importa es aprovecharse de él. Comenzad, pues, á combatir vuestras pasiones, para que algun dia os sean mas faciles de vencer: acostumbraos á pedir la gracia, para que la pidais eficazmente la ultima vez; tomaos tiempo para disponeros á esta ultima penitencia, para que consume vuestra salvacion, y os procure la gloria. Amen.

SERMON PARA EL DIA

DE NAVIDAD:

PREDICADO DELANTE DEL REY
en su Capilla de San Germán.

*Ecce evangelizo vobis gaudium magnum, quia
natus est vobis hodie Salvator, qui est Chris-
tus Dominus.*

Vengo à anunciaros una grande alegria, y es
que os ha nacido un Salvador, que es N. S.
Jesu-Christo. *Luc. 2. v. 10. y 11.*

SEÑOR.



SI como despues de una larga serie de oscuros dias, y tristes noches, acercandose el Sol á nosotros, disipa esta multitud de nubes, que ocultaban el Cielo á nuestros ojos, y despierta á toda la naturaleza antes languida, y como sepultada en sí misma: de este modo, despues de tantos siglos de infidelidad, y de ignorancia, se abanza desde lo mas alto del Cielo, dice el Propheta, Jesu-Christo Hijo de Dios, y Dios él mismo, y viene á ilustrar con las luces de su fé los espiritus ciegos de los hombres, y á encender sus corazones